

LIBROS

Michel Foucault, *¿Qué es la Ilustración?*, Alción Editora, Córdoba, 1996. Traducción y prólogo de Silvio Mattoni.

Aquí se reúnen cuatro conferencias de Michel Foucault. Las dos primeras, de octubre de 1979, con el título de *Omnes et singulatum*, anuncian una crítica de la razón política, que debería construirse en tanto genealogía del poder (en este caso, genealogía del Estado y de sus funciones autoasignadas) al mismo tiempo que se efectúa la arqueología de los discursos, del saber, de las instituciones que han promovido o donde se han cristalizado las razones de la política. El lugar mismo del Estado es el que singulariza a sus ciudadanos, pero sólo para someterlos a la homogeneización de una subjetividad predeterminada, el individuo funcional. El Estado crea al ciudadano, pero para reducir sus potencialidades de masa caótica o al menos impredecible. La policía, la estadística, la moral de Estado son algunos de los fenómenos descritos por Foucault, aun cuando el análisis histórico y detallado de los materiales se muestre apenas en ciernes, como una línea de búsqueda acaso utilizable para otros.

Las restantes conferencias de este libro repiten el título del célebre artículo de Kant sobre la *Aufklärung* y su sentido. La de 1983, a través de otros artículos breves de Kant, analiza la idea de progreso como *telos* inmanente al desarrollo de la historia, pero para manifestar no la posibilidad de una universalidad de la historia humana y por lo tanto también de la humanidad, sino más bien una forma de interrogar al presente, de preguntarse por el aquí y ahora, buscando los signos que expresen que el hoy no sería lo único posible, signos de que hay crítica, hay modificaciones esperables. Vislumbrando así el futuro en el presente, la tarea crítica de la filosofía quedaría definida como descubrimiento de nuevas posibilidades, potencias que el instante de lo actual conserva sin desarrollar, maniatadas, y que la iluminación de un pensamiento podría desatar.

En la otra conferencia homónima, de 1984, se trata más minuciosamente acerca del texto de Kant. Se percibe entonces la forma específica en que la tarea crítica del pensamiento es el verdadero sentido de la Ilustración como época que a la vez se nombra y se da un proyecto. Sólo que Foucault vería ese proyecto no en el espejo fugitivo el progreso, siempre diferido y que justificaría el presente, sino en las posibilidades subjetivas de ejercer la crítica, la negación, resistiéndose a la imposición pública de lo irracional (entendiendo este último término no como lo opuesto a una razón trascendental y de juicios universales, sino como lo opuesto a la unicidad del sujeto que razona, al que no se le puede

expropiar ese gesto de pensar, lo opuesto a su irreductibilidad). En este sentido, vale decir que resulta ilustrativo, y casi una iluminación profana, el ejemplo de Baudelaire y sus descripciones del dandysmo como modo de acción ética y estética, que junto a Kant configurarían dos polos de lo que Foucault llama aquí el *ethos* de la modernidad.

Daniela Paglani

Hugo Mujica, *La palabra inicial. La mitología del poeta en la obra de Heidegger*, Trotta, Madrid, 1995, 197 p.

“Este no es un libro de filosofía, no busca serlo, tampoco es un libro *sobre* Martin Heidegger, busca sí ser un libro *desde él*”, leemos al comienzo de este nuevo trabajo de Hugo Mujica cuyo tema, la poesía y el poeta en la obra de Heidegger, continúa la huella abierta por un ensayo anterior, *Origen y destino. De la memoria del poeta presocrático a la esperanza del poeta en la obra de Heidegger* (Carlos Lohlé, Buenos Aires, 1984). Seguir el itinerario de Heidegger y abrir *en* ese itinerario un itinerario propio, es decir “tener una experiencia” de su pensamiento. No encontraremos aquí una tesis, ni el desarrollo de un orden de razones, ni la severidad del concepto, sino la composición de un libro-río, que no remite a otro lugar que no sea su propio movimiento, que propone el abandono a su onda y despierta el deseo de leer, de seguir leyendo, tras lo cual no queda nada, es decir no queda algo, una cosa, sino justamente una experiencia. Puesta en acto pues de la invitación heideggeriana a “escuchar” la poesía; com-poner, es decir poner uno junto a otro, escuchándolos, poemas que parecieran llegar solos a un espacio de convergencia donde tiene sitio el juego de la poesía, la actividad más inocente y la más “peligrosa”. La composición como ejercicio de desaparición común, para tentar el advenimiento de la poesía en tanto “umbral”, “salto”, “abismo” y “celebración” (las cuatro estaciones que se suceden en el libro). Tentativa que se inscribe en el legado último de Heidegger -y acaso no sólo suyo-, cuya cifra se circunscribe a un interrogante en el que se juega todo: ¿cómo hablar de otro modo? Quizás esta pregunta, que se aloja en el corazón mismo del pensamiento de Heidegger, nos permite llegar a ver su pertenencia esencial al horizonte abierto por Nietzsche y por las exigencias con las que el filósofo de Sils-Maria determina toda filosofía importante por venir. ¿Cómo hablar de otro modo? Es la urgencia de este interrogante, tal vez el más decisivo de la filosofía actual, lo

que precipita la *necesidad* de la poesía como gesto de la más alta fidelidad al presente, como forma de un extremo rigor.

Valeria Condorcet

¡Oscar del Barco, *Juan L. Ortiz, poesía y ética*, Alción Editora, Córdoba, Agosto de 1996.

El libro de Oscar del Barco suscita una cantidad suficiente de cuestiones que uno sabe sin solución a no ser por la reflexión cuasi poética sobre lo que la filosofía no podrá pensar. Ese es su riesgo, quizás también su vitalidad. La relación del subtítulo, por ejemplo, indica ya un punto de difícil resolución: si la poesía no acepta ningún mandato previo, ¿cómo es posible en ella algo como una ética? En todo caso, ¿cuál sería su ética y de qué poesía se habla cuando se dice poesía?

Desde ya, del Barco no intenta responder a la pregunta sin fin de qué es la poesía, tampoco definir lo ético dentro de preceptivas formales, imperativos morales (de una religión o de un grupo), sino mostrar cómo el acto de la poesía - y aquí habría que remarcar que se trata de esa entrega o sacrificio que se definen por necesidad de absoluto y de la cual hablaban, entre tantos otros, Rilke, Hölderlin, Rimbaud, Mallarmé- realizado verdaderamente, es decir, cuando se asume hasta sus más duras consecuencias, implica una "manera de vida".

Por otro lado sabemos que la experiencia de lo sagrado -experiencia que hoy en día parece faltar en todos los órdenes de este mundo banalizado- es el origen de una conducta acorde a la milagrosa aparición del Ser y, a la vez, no sólo una respuesta -eso lo es en el principio- sino, quizás, una forma de salvación, en la comunión con lo existente. Esto es, en su significancia más esencial, un tema *religioso*: revelación en la nada y, por otro lado, re-ligamiento con *Eso* -todo aquello de lo que no podemos hablar porque nos trasciende- por absoluta supresión del sujeto, en una experiencia radical de Belleza y Misterio.

Pero allí donde el místico calla, el poeta canta. Así, el poeta es el lugar de una disponibilidad -que no es espera sino conciencia plena de todo advenimiento-, es quien se borra para confirmar, por resonancia vacía, la voz de lo insituable, la intensidad, la captación de un ritmo -de la naturaleza, cósmico-, y que nos participa este brotar, esta trascendencia única, como un mandato, a veces trágico, en cada uno de los actos de lo vivido. La poesía aparece, entonces, entre los dones del mundo revelado, como el don más cercano, pero también como el más difícil por el despojamiento irremisible que exige.

En este sentido, Juan L. Ortiz es el pre-texto en la más pura acepción de la palabra, no sólo por esos poemas donde se realiza el canto de un lugar natal, en los que el desvelamiento de lo inmediato se resuelve en un panteísmo celebratorio, sino también por la aceptación humilde de un destino y de una misión -la de participarnos de la dicha y la revelación así como de una forma de amor que no se agota solamente con escribir versos- y de la cual es más que un paradigma.

Más allá del campo singular que produce toda reflexión sobre una obra -en el caso particular de este ensayo, la atención puesta en ciertos núcleos de Juanele ("reverberaciones" de un río, de un paisaje, de una infancia) en esa suerte de partitura de silencios que son sus poemas; en ciertas confluencias estéticas o políticas de la época-, de la afinidad, e incluso de la confirmación, de su propia búsqueda en la otra obra, el libro de Oscar del Barco muestra al pensamiento en la asunción de un estilo. Basta hechar una ojeada sobre los textos que periódicamente ha publicado y recogido en sus obras anteriores para verificar cómo aquí se conjugan las líneas entrecruzadas de la filosofía y la literatura en una suerte de red -que se expande, como por círculos concéntricos, desde el punto de intuición y experiencia del cual procede- arrojada al misterio, y que recoge, en la orilla de lo pensable, la respuesta siempre paradójica de la poesía.

Carlos Riccardo